

## JOSÉ REVUELTAS (1914-1976)

Junto con Octavio Paz y Efraín Huerta, José Revueltas completa la tríada de grandes escritores nacidos el año del estallido de la Primera Guerra Mundial y que llegan a su mayoría de edad cuando el mundo es sacudido por grandes movimientos sociales. Oriundo de la ciudad de Durango, se crió en los minerales de San Andrés de la Sierra. Con el paso del tiempo se convertiría en escritor y conciencia moral, sobre todo entre la generación de los más jóvenes, así como en parte de una ilustre familia de artistas: el pintor Fermín Revueltas, el compositor Silvestre Revueltas y la actriz Rosaura Revueltas.

Cuando aún no cumplía 15 años, su militancia en el Partido Comunista Mexicano lo llevó por primera vez a la cárcel, experiencia transmutada en su relato “El quebranto”, aparecido inicialmente en la revista *Taller*. Posteriormente fue trasladado a las Islas Marías, vivencia que plasmó en su primera novela notable, *Los muros de agua* (1941). Con *El luto humano* (1943) obtuvo el Premio Nacional de Novela y, en 1967, el Premio Xavier Villaurrutia por el conjunto de su destacable obra literaria.

El año 1968 fue decisivo en su vida política y literaria, pues a raíz de los acontecimientos y su apoyo al movimiento estudiantil fue llevado a la Penitenciaría de Lecumberri. Además de sus importantes escritos políticos surgidos desde allí, nuevamente su visión de la injusta y

sórdida vida carcelaria apareció en el relato, breve e intenso, titulado *El apando* (1969).

Como bien señala el *Diccionario de escritores mexicanos* bajo la dirección de Aurora Ocampo: “El renombre literario de José Revueltas, hombre de izquierda, narrador, dramaturgo y ensayista, empezó con la publicación de su novela *El luto humano*, por esa sorda fuerza interior que anima a sus personajes, así como por su aliento de sincero y apasionado mensaje”.

LOS DÍAS TERRENALES<sup>2</sup>  
(FRAGMENTO)

III

Bautista y Rosendo caminaban a ciegas a lo largo de la vía del ferrocarril, con la propaganda bajo el brazo. A sus espaldas, sobre sus cabezas, en torno de sus cuerpos, unida a la piel como la malla de un bailarín, los rodeaba la negra ciudad sin límites, ahora tan absurdamente desconocida sin la dimensión ni la consistencia familiares, cardinales, que durante el día permiten establecerla.

Sin cielo alguno, sin estrella polar alguna que le diese a su navegar intangible de ciudad que viaja a bordo del planeta la brújula de su propio sitio, la señal natalicia de su geografía, y sin que respirara dentro del espeso líquido sin luz de la madrugada, su existencia misma se había vuelto dudosa, vaga, apenas la existencia de una ciudad submarina bajo las tinieblas.

En esta forma Bautista y Rosendo, si bien seguros por cuanto a no ser descubiertos por la policía, se sentían no obstante víctimas de una indefinida turbación orgánica, fisiológica, cual si la oscuridad fuese un tejido hostil, una suerte de protoplasma adverso que rodeara al espíritu sin permitirle nacer, sin dejarlo romper una placenta enemiga y sorda, a la manera como sucede en el recuerdo, ligeramente atroz, de cuando, desde el vientre materno, quizá se experimentaron unas cosas extrañas

<sup>2</sup> José Revueltas, *Los días terrenales*, México, Era, 1973.

que eran el deseo de sentir y, al mismo tiempo, la angustiada imposibilidad de ese deseo.

De súbito Bautista se detuvo casi con una sensación de alegría.

—¡Espérate! —dijo a Rosendo como si con esto fuera a convertir en más propicio, más fértil y exacto el silencio que necesitaba para escuchar las campanadas del lejano reloj—. ¡Déjame contar!

Ambos escucharon muy quietos, concediéndole inesperadamente una importancia extraordinaria al sonido del reloj.

—Cuatro —musitó luego Bautista—. Son las cuatro. Esperaremos entonces una hora.

Aquello era nuevo y hermoso. Era libertarse de la oscuridad y encontrar nuevamente el camino. Sin embargo, lo que el reloj había marcado en realidad no fueron sino tres series de cuatro campanadas cada una, que indicaban las tres cuarenta y cinco tan sólo.

Pero la ciudad, al conjuro mágico de estos sonidos improvisaba un ámbito que no se le conocía, se trazaba unas fronteras invisibles como si hubiese hecho descender un puente levadizo entre el no Ser y el Ser, entre su no existencia anterior de tinieblas y eso localizadamente vivo que al dejarse escuchar desde uno de sus espacios terrenales concretos la hacía adquirir un territorio inesperado, nada más del oído, sólo posible en noches tan categóricas y herméticas como ésta.

Pensó Bautista que algo ocurre en el Valle de México que lo permite así. A la diafanidad, a la transparencia visual de sus mañanas luminosas, corresponden, en las horas más negras de la noche, una diafanidad, una transparencia acústicas; un dejarse oír las campanadas de algún reloj, los silbatos de las locomotoras, el ladrido de los perros, el rumor del viento sobre los árboles, y hasta a veces los pasos inquietantes y desconocidos de alguien que se encamina quién sabe con qué rumbo ni con qué destino, que trazan sus contornos no en una forma arbitraria sino como por el concierto de la inteligencia, formando prodigiosas líneas euclidianas del ruido —algún dodecaedro de voces o el cúbico rumor de los trabajadores nocturnos—, de pureza y perfección cabales y llenas de ordenada sabiduría.

Era una forma de trasposición extraña, se le ocurrió a Bautista, mágica. Igual que en las translúcidas mañanas del otoño no parece haber distancia alguna que separe los volúmenes de los árboles, de las

montañas, de las llanuras que se ven en el valle, sin que por eso se mezclen ni confundan, o, más exactamente, parece no tener esa distancia el sentido rectilíneo de una profundidad que siguiera su trayectoria de un primer a un último término horizontales, sino el de una profundidad diferente y opuesta, conducida por una especie de sentido deliberado que se empeña en una ordenación de las cosas de abajo hacia arriba, al modo de los bajorrelieves egipcios, y entonces pueden verse los pinos, cada uno de ellos solo, diríase aparte y sin nexo con el bosque, en las faldas del Popocatepetl y el Iztaccíhuatl, o puede seguirse desde muy lejos la ruta de un caminante en las Lomas de Padierna; así, en la misma forma, en esta madrugada sin estrellas, dentro de la solitaria y profunda oscuridad, Bautista y Rosendo percibían la orquestación de una ciudad inédita, desconocida, el resumen de cuyas distancias, al aproximar una con otra las más separadas partes de su cuerpo, parecía darles el contorno no ya de la ciudad moderna y cosmopolita, sino el de un México primitivo, ignorado y profundo, tal vez la Tenochtitlan prehispánica, posfigurada y vuelta a nacer en el oído casi en virtud de cierta metempsicosis hacia atrás, hacia siglos lejanos.

Se sentaron al pie del talud de La Curva, el sitio donde la vía del Ferrocarril de Cintura se quiebra, al límite de la ciudad, para entroncar más adelante, en el Canal del Norte, con las líneas que salen de la Garita de Peralvillo.

Había sido asombroso el escuchar, a tal distancia, las campanadas del reloj, pues se trataba del reloj de la Penitenciaría, al extremo este. “Ésta es mi ciudad”, se dijo Bautista con emoción. Había un sentimiento amoroso y asombrado, pues la geografía nocturna de la ciudad de México trastoca, subvierte los puntos cardinales, y al mezclar el pan y el vino del tiempo y el espacio se transustancia en una unidad extraña que hace posible la convivencia de sucesos ocurridos hace cuatro siglos con cosas existentes hoy; piedras que ya existían en el año de Ce Ácatl con campanas y fábricas y estaciones y ferrocarriles. Escuchó con atención de ciego, tenazmente, igual que un avaro, con una especie de sed. Voces que venían desde Tlatelolco, donde Zumárraga edificó el Colegio de los Indios Nobles, se escuchaban a más de dos o tres kilómetros, en la plaza donde los acróbatas de Moctezuma hacían el juego de El Volador; lamentos y silbatos provenientes de Popotla

y Atzacapotzalco, por donde el tirano Maxtla paseara a cuestras de los señores sus vasallos el rigor de su crueldad y el hosco silencio de su melancolía, escuchábanse en Mixcalco y en La Candelaria, en otro tiempo calpullis y chinampas cruzadas por espejeantes canales. No importaba que los ruidos de Tlatelolco y Nonoalco fuesen el aletear, como rojo pájaro ciego, de la respiración fatigada de alguna locomotora, o el ardiente ir trasmutando la materia de los alimentadores de los altos hornos de La Consolidada; ni que ese largo sollozo de Atzacapotzalco se transformara en la sirena de la Refinería: eran también el rumor de los antiguos tianguis, el canto de los sacerdotes en los sacrificios y el patético batir de remotos teponaxtles.

Bautista produjo un pequeño rumor de papel, suave, crujiente, al mismo tiempo sedoso y de hojas secas, al buscar bajo el peto de su pantalón los cigarrillos, aunque también ése, extrañamente, podría ser otra clase de ruido, con ansiedad, apresurado y agorero, como el del condenado a fusilamiento que cinco minutos antes de la ejecución se dispone a fumar, uno tras otro, todos los cigarrillos posibles. Rosendo sintió una especie de miedo y de dolor al darse cuenta, pero en el momento en que la flama del fósforo iluminó el rostro de Bautista, desde abajo, marcando sus pómulos con gruesas líneas y haciéndole en derredor de la frente un halo de tinieblas, Rosendo se tranquilizó al mirar otra vez aquellas cejas anchas y aquellos ojos profundos, violentos y sin embargo matizados de amable inteligencia, que afirmaban la seguridad de que a ese hombre no le ocurriría nada, aun en los mayores peligros.

Bautista aspiró el humo como si recogiera la noche con los pulmones y se empapara de ella por dentro. Sus labios sonrieron con burla y cariño, pero, se antojaba, simultáneamente con cierta nostalgia por algo que acaso no tuviera nombre y que sería quizá o la infancia o el amor o una inconfesada ternura. Tantas cosas. Hasta simple tristeza, aunque parecía imposible sentir tristeza en esos momentos, a pesar de todo lo ocurrido.

A pesar de lo ocurrido con la pequeña Bandera, esa mañana a las diez, y ante lo cual, de todos modos, el sentimiento más adecuado no podía ser la tristeza, quién sabe por qué.

Había sido inconcebible que alguien, menos aún una niña tan pequeña, hubiera podido morir a tal hora, cuando hacía tanta luz, cuando

el radiante y luminoso sol de esa mañana derramaba en el patio de la vecindad colores tan contrarios a la muerte, azules y rosas en los tendederos, verdes floridos en los tiestos y en las macetas, transparente cobalto en el agua de las pilas, y cuando las voces y gritos de los chiquillos resultaban tan sorprendentes ahí, separados de la soledad y el sufrimiento apenas por un muro.

Al saber la muerte de la niña la portera fue a llamar a la vivienda de Fidel y Julia “para ver qué se ofrecía” y, como dijo con una expresión doliente pero gustosa en el fondo y mientras, con disimulo, intentaba mirar hacia el interior, “ver si no querían que les ayudara a vestir al angelito”.

Dentro hubo una pequeña conmoción, aprensiva y llena de contrariedad. La portera no estaba al tanto de la verdadera clase de actividades a que se dedicaban aquellos inquilinos tan serios y silenciosos. Se le había dicho que Fidel era encuadernador de libros, y como, en efecto, las personas que ahí entraban salían después con grandes paquetes, ella ya no tuvo ninguna razón para dudarle si alguna vez lo puso en tela de juicio.

Rosendo fue quien abrió al llamado de la portera. Ésta hablaba cubriéndose la boca con una punta del delantal, algo muy común para ella ante sucesos a un tiempo conmovedores y dignos de curiosidad, como si, defendida por el embozo, sus palabras adquiriesen un cierto delicado pudor, una cierta intención de pleitesía casi amorosa ante la desgracia ajena.

—¡Mándala al carajo! —ordenó Fidel desde el fondo del cuarto, en voz muy apagada para que no escuchara la mujer.

Rosendo dudó un instante en tanto los ojos de la portera brillaban con una chispa de placer y regocijo diabólicos.

—Muchas gracias —mintió Rosendo entonces—, pero Julia, mi hermana —mintió por segunda vez—, se siente muy mal y no quiere ver a nadie. Se lo agradecemos mucho, de todos modos.

Bautista, por su parte, había llegado cuando la niña ya estaba muerta y sus emociones sólo se expresaron en su rostro con un estupor infinito, incomprensible en una gente al parecer tan equilibrada, sin que se atreviese a pronunciar palabra o a formular pregunta alguna.

Julia lo miró a los ojos bárbaramente, con la actitud de un animal, de un perro al que se ha golpeado, e hizo entonces, sin que ese

movimiento tuviese relación alguna con nada de cuanto ocurría, una inclinación afirmativa de cabeza, dos, tres veces, cuatro, horrible.

—Hoy a las diez —dijo como en respuesta a una pregunta que con toda su alma hubiera querido que le dirigiera, pero que Bautista no formuló.

Éste dejó caer la mano sobre el hombro de la mujer oprimiéndolo con dureza. Luego se sentó, siempre sin hablar, las mandíbulas apretadas con rabia y el entrecejo fruncido coléricamente.

Transcurrieron largos minutos silenciosos en que sólo se escuchaba el ruido de la máquina donde escribía Fidel. Al terminar la hoja sacó el escrito con mucho cuidado, con la delicadeza de un artista que no quiere estropear su obra, y luego, al darse cuenta de que el papel carbón estaba adherido entre dos páginas, comenzó a desprenderlo cautelosamente, sin mirar a los demás, magnífico y austero, como el sacerdote de una pavorosa religión escalofriante. Volvióse después hacia los demás y los miró uno por uno con un asombro triste y desconsolado pero al que parecía contradecir una apenas perceptible sonrisa, que podría ser de orgullo, primero a Bautista y enseguida a Julia y a Rosendo, para finalizar en Ciudad Juárez, que dormía encogido en un rincón después de haber pasado la noche en vela junto a la niña.

Aquel cuarto —la “oficina ilegal” como se le llamaba en el argot conspirativo— era estrecho, pobre, mal ventilado y frío, y así, de pronto todos cayeron en la cuenta del apresurado olor a muerte que ya se desprendía de Bandera.

Nadie se hubiese atrevido a confesarlo, pero la atención de todos —su atención secreta, sumergida, la que ninguno podría manejar a voluntad— giraba en torno a ese olor, estaba unida a él con un cordón umbilical desasosegante, que los hacía una especie de cómplices de algún crimen o enfermedad común, de los que, sabiéndose culpables, se esforzaban por encubrirse los unos a los otros con el mayor empeño.

Los ojos de Fidel parecían los de un alucinado. Sin duda durante algunos instantes estuvo completamente ciego, mirando sólo dentro de sí mismo quién sabe qué sucesión de sentimientos terribles. En realidad lo que antes pareció sonrisa no era sino el temblor convulso de sus labios, grises y con grietas, a los que inútilmente trató de humedecer con su lengua sin saliva. Se detuvo largo tiempo otra vez sobre Bautista,

como si hubiese olvidado por completo las palabras que debiera dirigirla.

—¿A qué horas —exclamó por fin— te entregarán la propaganda? —sin embargo, todos comprendieron que, evidentemente, esta pregunta no tenía otro propósito que el de sobreponerse al olor de Bandera e indicar que no se le debería conceder la menor importancia cuando la vida estaba tan llena de cosas que eran mucho más serias y trascendentales que esa inevitable descomposición orgánica.

Antes de replicar nada Bautista se puso en pie y fue a colocarse junto a la cuna donde estaba Bandera. Su mirada se clavó con insistencia absurda sobre la pequeña frente del cadáver, de un amarillo blancuzco y tan transparente que, se antojaba, podría mostrar el interior del cráneo con sólo un esfuerzo de la vista.

—¡Tú estás bien enterado —repuso Bautista—, no sé para qué lo preguntas! Precisamente ahora vengo de la imprenta. Ambrosio González y Gómez Lorenzo me dijeron que la propaganda estará lista entre seis y siete.

Rosendo sentía gran admiración frente a todo aquello. Las palabras “ahora vengo de la imprenta” le hacían ver en Bautista un ser extraordinario, a todas luces superior, pues conocer el sitio donde estaba la imprenta del Partido era un privilegio que apenas se concedía a los militantes más insospechables y de los que se podría tener una seguridad absoluta. Pero luego, también, estaba cierta incomodidad culpable por haberse enterado de los nombres de aquellos camaradas que dirigían la “imprenta ilegal”. Entonces escuchó un curioso término nuevo, que no había oído sino hasta ese momento.

Fidel golpeó con el puño sobre el escritorio, en un acceso de súbita cólera, mientras erguía el dedo pulgar señalando al cielo.

—¡Cuida tus palabras, camarada Bautista! —exclamó amenazadoramente—. ¡Estás *deconspirando*! ¿Por qué tienes que decir que vienes de la imprenta y quiénes son los que trabajan ahí? ¿No sabes que si hubiera un agente provocador entre nosotros le bastaría con hacer que te siguieran los pasos para que la policía diera con la imprenta?

Bautista sintió en la actitud de Fidel al decir esto, pero sobre todo al oírlo pronunciar con tanto énfasis el horrible barbarismo, el santo celo, a un tiempo iracundo y feliz, de un Doctor de la Ley que se

apresura a denunciar una atroz herejía, una inadmisibles infracción a los textos sagrados.

—¡Pendejadas! —repuso con el rostro enrojecido y sin apartar la mirada de la niña muerta—. ¡Tú sabes que entre los que estamos aquí no hay ningún agente provocador!

Le habían indignado las innecesarias y estúpidas palabras de Fidel, pero, sobre todo, aquel *deconspirando* de cuyo uso Fidel parecía valer-se como un timbre de superioridad, diríase “técnica”, al modo como los médicos o los especialistas de no importa qué actividad, a causa de cierta inevitable pedantería del oficio, se deleitan ante los profanos con el recurso de dar a las cosas más simples y habituales los nombres más abstrusos. Aquello era sumamente irritante, sin embargo de que Bautista comprendía que toda esa charla no significaba otra cosa que el empeño por ignorar, o dar como ignorada la muerte de Bandera, aunque no por eso tal empeño dejase de ser infructuoso ya que en el fondo nadie —ni Fidel mismo—podía quitarse ese pensamiento de encima, a pesar de todos los esfuerzos que se hicieran.

Tomó entre sus manos los rígidos dedos de la niñita muerta, que eran como las patas de una araña de alambre, pero no pudo lograr que se extendieran, flacos y tiesos hasta lo increíble como estaban. “De pura desnutrición”, se dijo al pensar en la muerte de la niña con un sentimiento amargo y profundamente desolado, mientras oía que Fidel le replicaba.

—¡Claro que no hay provocadores entre nosotros! Pero de lo que se trata es de no olvidarse jamás de las reglas del trabajo conspirativo. En todo caso siempre hay que proceder como si estuviera uno rodeado de provocadores, aunque éstos no existan.

Bautista se estremeció. Horrible. Proceder siempre como si se estuviera rodeado de provocadores. No sólo el delirio de persecución organizado como un sistema consciente y como una norma, sino la más infinita soledad del alma como régimen único de convivencia. Con el poder en sus manos, Fidel sería una pesadilla inenarrable.

Rosendo se sintió aún más incómodo e intranquilo, como si aquellas palabras encerraran una sospecha en su contra, ya que apenas tenía un año escaso de pertenecer a la organización y quizá no se le considerase aún digno de participar de secretos como aquél, tan grave, acerca de los nombres de las personas que trabajaban en la imprenta clandestina.

—¡Bah! —dijo Bautista mientras se encogía de hombros—. ¡No tiene la menor importancia!

Luego se volvió hacia todos los presentes con una expresión llena de angustia y de sufrimiento que, por no haberla sospechado en él, ni habérsela supuesto, los hizo temblar como si temieran que de súbito pronunciase las palabras prohibidas acerca de Bandera, y que nadie, excepto Julia, quería escuchar.

Lo miraron asustados. Estaba densamente pálido, como a punto de desmayarse. Algo confuso y atormentador le pesaba sobre el pecho. “De hambre —se dijo otra vez—, murió de hambre”, y en seguida, sin que este pensamiento tuviese una relación concreta con el anterior “a las diez de la mañana”, agregó, movido de ese impulso mecánico que funde en la mente los hechos que están distantes unos de otros y les otorga una analogía tonta pero dolorosa, pues si Bandera había muerto a las diez de la mañana, esto no agregaba ninguna nueva noción a la certeza de que hubiera sido por hambre.

—¡Volveré luego! —dijo entonces con una voz delgada y trémula—. Voy a ver si consigo algunos centavos para lo de la niña...

“Lo de la niña.” Era un circunloquio pudoroso, un modo elusivo de no llamar a las cosas por su nombre, con el temor de que esto fuera a causarles más dolor o fuera a debilitarlos en su necesidad de ser fuertes y de no tener consideración alguna para sufrimientos de índole personal, ajenos a la causa.

Julia cruzó con Bautista una rápida mirada llena de entrañables comunicaciones, y en cuanto éste hubo salido fue a sentarse en el suelo, junto a Ciudad Juárez, encogida sobre sí misma, como envolviéndose el cuerpo en su propia soledad. Lo que hubiera querido decir. Las hondas y desgarradoras palabras. El llanto que hubiera querido derramar. Ahí en el rincón era igual a esos tristes huizaches, que sin hojas, sin vestidura, se nutren con quién sabe qué de lo más pobre y último que les puede dar una tierra bárbara y estéril, donde sólo ellos, entre todas las criaturas de su reino, son los únicos capaces de vivir.

Un desasosiego inverosímil, que parecía localizarse físicamente en la parte inferior de la garganta, la ansiedad de una respiración a la que interrumpe el obstáculo de algún tejido enfermo, se apoderó de Rosendo,

quien comprendió entonces que, de mirar hacia Julia o hacia Bandera, no podría contenerse pues aquello no era otra cosa que el llanto.

Para dominarse fijó los ojos sobre la pared, donde se podía advertir un antiguo cartelón ruso de propaganda que en otro tiempo Fidel trajera consigo después de un viaje a la Unión Soviética. El cartel representaba un grupo de trabajadores, tras de una ametralladora Maxim, durante el asalto en 1917 al Palacio de Invierno, en Petrogrado.

Era una imagen llena de energía y denuedo, que en cierto modo podría considerarse superior al trabajo del artista, cuya probable mediocridad, como sucede ante hechos muy vivos, poderosos y fecundos, se iluminaba con una especie de genio, proveniente, en primer lugar, del propio acontecimiento histórico. Porque si bien cada uno de los rostros de aquellos trabajadores era una fisonomía específica y concreta, muy pronto se descubría que su belleza radicaba en la circunstancia más honda y general, sin embargo, no de orden estético, de que cada uno de ellos era al mismo tiempo el rostro de una clase, de la clase obrera, para la cual aquello tendría siempre una significación profunda, aun cuando para otros esa belleza no causara emoción alguna sino sólo a condición de que se comprendiese el destino de la clase y de su época.

Uno de los obreros, el rostro encendido, hacía ondear en lo alto de su fusil una enorme bandera roja sobre la cual estaba inscrita, con letras blancas, en ruso y en francés, una leyenda revolucionaria.

Sin que aquella inscripción le dijese nada, Rosendo la repitió veinte veces. *“XIVème Anniversaire de la Révolution Socialiste d’Octobre. À la victoire sous le drapeau de Marx, Engels, Lénine et Staline!”* Al fondo de aquel grupo de trabajadores la impetuosa multitud se arremolinaba junto a los muros del Palacio de Invierno, y, recortada contra el cielo lechoso y claro de las noches blancas de Petrogrado, se veía la estatua de Pedro el Grande, como el testimonio retrospectivo de un viejo mundo llamado a desaparecer.

Aquello debía significar para Rosendo un mensaje lleno de esperanza, de fe en el porvenir, de seguridad en el triunfo, pero, por el contrario, no le produjo impresión alguna en esos momentos.

Fidel lo miró de soslayo y pudo advertir que sus ojos estaban húmedos de lágrimas. Se aproximó entonces y le dio un suave puñetazo de afecto en el mentón.

—¿Qué es eso? —le dijo con una sonrisa—. Nosotros no debemos tener tiempo para lamentarnos de nada. Nuestra tarea es luchar sin tregua. Ésa es nuestra única verdad.

El tono de estas palabras había sido cariñoso, igual que el de un mentor que rompe la frialdad de su trato, lejos del aula, ante un alumno bueno pero tímido, al que es necesario darle la impresión de que bajo la apariencia de ese maestro riguroso e implacable del salón de clases se disimula, sin embargo, una persona capaz de comprender sus problemas y dar a éstos el obsequio de su indulgencia.

Julia levantó la cabeza para mirar hacia Fidel con un asombro indescriptible. De pronto se le revelaba en su actitud algo muy diverso y opuesto a lo que tal actitud parecía indicar. Era inaudito. No otro hombre diferente al que ella conocía, sino peor, espantoso y apenas en el breve lapso de un segundo. “¿Por qué le hablará a Rosendo en esa forma?”, se preguntó alarmada. Pues no era el contenido, de todos modos formal y burocrático, de las frases lo que importaba, sino que el tono afectuoso y la sonrisa destinados a dar la impresión de que Fidel era capaz de conmoverse ante una “debilidad” humana sin que por ello violase la rigidez de sus principios, con que las frases fueron acompañadas, al no corresponder, antes al contrario, contrastar en forma tan notable con su contenido, ponían al descubierto una sutil artimaña de voraz proselitismo mediante la cual Fidel intentaba el sometimiento absoluto y desconsiderado de un espíritu del que deseaba adueñarse y obtener la admiración.

Después de que hubo hablado con Rosendo, Fidel regresó a su punto, tras del escritorio, y nuevamente se puso a teclear sobre la máquina de escribir redactando el proyecto de informe que sobre las actividades políticas y de organización debía rendir, dos días más tarde, ante el Comité Central.

Rosendo lo siguió con los ojos y de pronto experimentó una honda y profunda emoción. Aquél era un camarada maravilloso y ejemplar. Mientras hubiese seres como tal hombre todo podía considerarse bueno, fidedigno y puro. Ahora hasta este mismo cuarto, sucio, pobre, se había convertido en el símbolo del ideal, en la representación del desinterés y el sacrificio con los que era necesario recorrer el áspero y tormentoso camino de la lucha revolucionaria. El alma de Rosendo se

sintió transportada por una dicha potente, juvenil, plena de fuerzas venturosas y fecundas. El propio cartelón soviético, que segundos antes no le había transmitido mensaje alguno, hoy era una verdad cálida, hecha vida y sangre en centenares de miles de hombres y mujeres que en todas partes de la tierra se congregaban, unidos por la misma llama de la idea común. “*¡A la victoria, bajo la bandera de Marx, Engels, Lenin y Stalin!*” ¿Qué importaba la vida si era para arder como una antorcha que iluminara las tinieblas? La propia niña muerta, la hija de Julia y de Fidel, ¿no representaba también un desesperado símbolo de espantosa generosidad y entrega sin límites? “No debemos tener tiempo para lamentarnos por nada. Nuestra tarea es luchar sin tregua. Ésa es nuestra única verdad.” Sí, evidentemente. ¿Qué debe importar la consunción y acabamiento de los propios hijos, si a cambio de ello se lucha por un mundo donde no existan el hambre, ni el dolor ni la muerte para ningún niño de la tierra?

Porque ahora Rosendo comprendía cabalmente lo que significaba haber sido testigo presencial de ese innombrable sacrificio.

Había llegado a la “oficina ilegal” poco después de las siete de la mañana, cuando la pequeña Bandera, aunque distante en realidad tres horas de su muerte, sin embargo, ya daba señales de estar irremisiblemente perdida.

—Tiene dos días de no poder cerrar los ojitos —le dijo Julia con un tono de voz gris y melancólico.

Rosendo ofreció los últimos treinta centavos que traía en la bolsa, con los cuales se compraron un cuarto de leche, medio kilo de carbón y cuatro piezas de pan para que también comieran Fidel y Julia, quienes no habían probado alimento durante algunos días, pues como la casilla postal de la organización estaba ocupada por la policía, no habían podido recoger el dinero que llegaba de provincia.

Rosendo se inclinó sobre la cuna de Bandera. ¿Miraría algo la niña con esos ojos a los que la anemia y la espantosa consunción no dejaban ya cerrar los párpados? Eran unos ojos de tinte azulado, casi blanquecinos, y se movían apenas con un imperceptible vibrar incesante, igual que el cuerpo de un molusco que se contrae fuera del agua mientras agoniza.

—Ya ni siquiera llora —explicó Julia.

La niña no pudo conservar la leche en el estómago, sino que la expulsó en inconcebibles espasmos, ensuciándose las hondas y duras arruguitas de su rostro de anciana con la pasta de color verde en que, rápidamente descompuesto, se convirtiera el líquido.

—Vale más que *acabe* cuanto antes —dijo Julia con un sollozo en la garganta. Rosendo la miró con ansiosa y desesperada avidez, como si quisiera descubrir alguna otra cosa tras de aquellas palabras. Pero no. Había dicho exactamente eso: “que *acabe* cuanto antes”.

Para disimular quién sabe qué extraña aversión que le nació de pronto, Rosendo no quiso mirar más a Julia, pero fabulosa, espantosamente, al volver la vista hacia el rostro de Bandera, pudo darse cuenta que aquellas facciones de la niña se adelantaban paso a paso en el tiempo, en una horrible trasposición de la edad, a parecerse a las facciones de la madre, como si en venganza de la próxima muerte y queriendo ganarle terreno la Naturaleza obligase a la niña a consumir, en el lapso de unas cuantas horas, esa etapa de años, ese largo proceso en que afluyen a la conformación del ser humano, entrelazados en una malla secreta que no se ha podido advertir en la puericia, los atavismos, las herencias, los rasgos que ya ningún pariente recuerda, de aquel bisabuelo antiquísimo u otro familiar de quien sólo existe un vagoroso retrato. “Que acabe cuanto antes.” Lo había dicho Julia. Nada menos que Julia.

Las manos de Rosendo temblaban y una dolorosa incomodidad, casi de rencor, lo estremecía por dentro. Hubiese querido que esa mujer llorara, pero lo alucinante era verla ahí junto a la hija, ausente y muda, apenas los ojos quebrados por una luz pálida y doliente.

Julia puso su mano sobre la cabeza de la niña, pero lo frío y extraño de esa materia que poco a poco iba dejando de ser de este mundo hizo que la retirara en seguida, pero como a pesar de todo se arrepintiera luego de ese ademán, se volvió hacia Rosendo en solicitud de indulgencia, de disculpa. A falta de otro gesto u otra forma expresiva, sus labios sonrieron con tristeza.

—¿No crees —le dijo— que la niña se está pareciendo a mí?

Rosendo tuvo un estremecimiento de angustia. Entonces también Julia se había dado cuenta del fantástico proceso.

—Sí —repuso en forma incomprensiblemente involuntaria—, es que le falta poco tiempo para morir.

Escuchaba Julia estas palabras desde muy lejos, desde otro país o desde otra esfera. No pudo percibir, de la misma manera en que Rosendo tampoco, que el ruido de la máquina de Fidel había cesado y éste se encontraba a sus espaldas mirando por encima de sus hombros el cuerpo de Bandera.

—¡Qué raro es todo esto! —dijo Fidel muy quedamente—. No puede ser más raro.

Julia lo miró atónita. El maxilar de Fidel, suelto y sin voluntad que lo gobernase, colgaba de manera extraña como por obra de algún peso interior, pero mucho más como un índice de su sufrimiento, y entonces los labios permanecían entreabiertos, independientes de las demás partes del rostro, cual si expresaran por sí mismos un atroz género de inesperada soledad. “Es que todavía me quiere”, se dijo Julia, y hubiese deseado estrecharlo entre sus brazos para que juntos desataran todo el dolor y la pesadumbre de la vida.

“Le diré que la amo con todas mis fuerzas”, pensó Fidel, “y que la muerte de Bandera nos unirá para siempre porque es un sacrificio enaltecedor que hemos consumado con nuestras propias entrañas”. Algo parecido a esto. Le dirigió una mirada de elocuente transparencia comunicativa, profunda y verdadera, y entonces Julia aguardó las palabras cual si su cuerpo se hubiese abierto cálidamente para recibir aquella renovada semilla de fecundación.

—Es inevitable —dijo de repente una de esas deidades adversas de cuya existencia turbia dentro de su alma Fidel tenía nociones tan exactas, pero que siempre lo asombraban, no porque viniesen a decir lo contrario de lo que él quería expresar ni lo contrario de lo que su pensamiento formulaba, sino porque cada vez se hacían más poderosas, irresistibles y necesarias para su espíritu, a la manera como en la naturaleza enferma del toxicómano se precisa aumentar de vez en vez la dosis del alcaloide—, es inevitable la muerte de Bandera —dijo con una voz fría y tranquila, como quien rinde un informe burocrático—. Así que los hechos deben juzgarse con objetividad, tales como son, sin sentimentalismo alguno —hizo una pausa severa y rigurosa, con la cual terminó por disiparse en definitiva aquella sombra de dolor que tenía en el rostro.

—Aunque no has dormido en toda la noche —dirigióse en concreto a Julia, pues sus palabras anteriores habían sido dichas en forma impersonal—, si es que no quieres descansar, podrías entonces ayudarme.

“Es como un abominable santo”, pensó ella, “un santo capaz de cometer los más atroces pecados de santidad”.

Rosendo lo había visto. Rosendo había contemplado el bárbaro desprendimiento y había escuchado las ardientes palabras. “No debemos tener tiempo para lamentarnos de nada. Nuestra tarea es luchar sin tregua. Ésa es nuestra única verdad.” Sin sentimentalismo alguno.

Rosendo pensaba en todo ello con una suerte de fortaleza heroica —temeraria e ingenua—, de catecúmeno reciente. Se sentía orgulloso realizando hoy una tarea del Partido. ¿Por qué, entonces, sentir tristeza, cuando aquello había sido un testimonio de fe tan grande, una tan descomunal afirmación de amor a la causa? ¿Por qué, entonces, esta suave melancolía a través del rostro de Bautista mientras la lumbre de su cigarrillo le encendía las facciones al aspirar el humo en mitad de las tinieblas de La Curva?

Ahora la ciudad parecía haber vuelto a perder sus límites a causa del silencio, después de las campanadas del reloj.

—¡Fuma! —exclamó de súbito Bautista con una voz casi autoritaria, al mismo tiempo que tendía a Rosendo el cigarrillo, aunque en seguida esa voz se hizo suave y muy lenta—. Con la mano así —indicó mostrando la palma dispuesta como embudo—, para que no se vea la lumbre.

A sus espaldas, al otro lado de La Curva, se extendía uno de los tiraderos de la ciudad, lleno de trapos, de algodones sucios, de botes viejos y de hojas de lata, encima de cuya inverosímil podredumbre y miseria vivían algunas espantosas gentes, algunos seres infinitamente no humanos, pero vivos y terribles.

Más allá del tiradero levantaba su geométrica estructura la zona fabril, el Rastro de la Ciudad, la United Shoe y docenas de tenerías, fábricas de vidrio, de focos y de pastas alimenticias, pero cuya presencia no podía advertirse desde el punto donde Rosendo y Bautista se encontraban.

El silencio era pesado, lleno de extensión y de altura. “Ésta es la hora más negra, la más penetrante”, pensó Rosendo, al mismo tiem-

po que admiraba junto a sí el existir sin cuerpo, tan sólo con voz de Bautista.

Aquel hombre era un pedazo de vida lleno de madurez y de vigor, y las tinieblas únicamente contribuían a hacerlo más existente, más claro, más dibujado y puro. Rosendo sentía esa pureza, esa rectitud del alma imponiéndosele sobre el espíritu, sin violencia alguna, nada más por sí misma, por cierto tranquilo y grave fuego de convicción, pues en Bautista podía encontrarse una fuerza general, secreta y simple que engrandecía las cosas con un nuevo sentido.

Rosendo hubiese querido comunicarle estas apreciaciones, pero como para ello era preciso barrer el obstáculo de un cierto rubor y vergüenza inexpresables y acaso también el miedo a la burla y a la forma en cómo se expresase un determinado juicio sobre sus palabras, prefirió referir tales apreciaciones a una tercera persona.

—He pensado mucho en lo de Bandera —dijo tímidamente—. Para mí ha sido una de las más bellas lecciones. Creo que Fidel es un camarada ejemplar. Un extraordinario camarada.

Bautista dejó escapar una breve risita irónica.

—Sin duda —exclamó—, un gran camarada, aunque en ocasiones sea muy desconcertante.

Se detuvo para esperar la reacción de Rosendo, pero éste no pareció haberse extrañado por sus palabras.

—Por ejemplo —prosiguió Bautista—, eso último que hizo con el dinero que llevé, después de todo lo que había hecho antes y que es más propio de un faquir que de un líder comunista, ya fue el colmo. Una verdadera estupidez. El periódico podía esperar de cualquier manera.

Rosendo no supo qué decir. Era muy difícil para él aventurarse en ese terreno, pero de pronto le pareció que nunca había visto tal tristeza y tal soledad como las de Bautista.

—El periódico podía esperar —insistió éste con tozudez, cual si con esto quisiera decir algo muy diáfano y contundente, pero aludiendo tan sólo al hecho de que los quince pesos que llevó para el entierro de Bandera hubieran sido destinados por Fidel para los gastos de envío a las provincias de *Espartaco*, el órgano de la Juventud Comunista.

“La que puede esperar es *ella*, porque está muerta”, había sido la réplica atroz y lógica que diera Fidel a estas palabras de Bautista.

Guardaron silencio durante largos instantes. El cigarrillo se había consumido por completo, y entonces ambos se pusieron de pie para encaminarse hacia la zona de las fábricas.

“La que puede esperar es ella, porque está muerta”, se repitió Bautista aquella frase terrible.

